

Marcos 10:23-31, ¿En qué o quién confías?, Parte II

Introducción: En la primera parte del estudio del pasaje en cuestión, reflexionábamos en una pregunta, *¿En qué o quién confías?*, y veíamos que no es posible confiar en la bondad propia, ni en la religiosidad, ni en las posesiones. Entonces ¿en qué o quién podemos confiar?. El Señor sigue enseñando a sus discípulos, sigue insistiendo en la necesidad de considerar cuál es la confianza que tenemos para nuestra vida ahora y por la eternidad. Hoy es nuestro último servicio del año 2016, fecha de navidad, y aunque sabemos que el nacimiento del Señor no fue un 25 de diciembre, como cristianos celebramos el hecho en sí de la encarnación del Señor Jesucristo, y muchos lo celebran, tal vez sin un conocimiento correcto de esta realidad, y siguen celebrando “una fiesta pagana”. Muchos esperan “regalos”, tal vez porque se portaron bien y trabajaron duro. Muchos hacen excelentes disposiciones para finalizar el año y comenzar uno nuevo, confiados y esperanzados en una u otra cosa, pero pocos entienden el llamado a mirar a aquel que un día vino y nació como uno de nosotros, y estuvo entre su pueblo, creció, enseñó y predicó la buena nueva, murió y resucitó para asegurarnos esa buena nueva de perdón de pecados y vida eterna en él. Si en verdad nos regocijamos en el hecho de la venida de Cristo, debemos regocijarnos en su enseñanza, así que a la luz de este pasaje, sigamos reflexionando entonces en la pregunta planteada al inicio del estudio este texto, *¿En qué o quién confías?* para entrar y hacer parte del reino de Dios.

I. Tú no puedes entrar al reino de Dios por ti mismo

Iniciamos con esta declaración. ***Tú no puedes entrar al reino de Dios por ti mismo.*** El verso inmediatamente anterior nos muestra la actitud del hombre rico ante la demanda del Señor Jesús de vender sus posesiones, dar el dinero a los pobres, y seguir a Jesús. ¿Recuerdan que hizo este hombre?, se fue muy triste, muy afligido porque tenía muchas posesiones. No se nos dice que lo dejó todo y siguió al Señor, sino que dejó al Señor y se fue triste. Y es yéndose este hombre que el Señor Jesús mira a sus discípulos, y declara algo que para ellos es muy asombroso: “*Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas*”. Esto era algo contrario a lo que la mayor parte de la gente creía, así que Jesús les confronta contra esa creencia generalizada. Se pensaba entonces que aquellos con dinero, gozaban del favor de Dios, tenía una bendición especial de Dios y por eso tenían ciertos privilegios, y podían ser de aquellos que podían entrar en el reino de Dios. Pero Jesús dice que esto no es así. Tú no puedes entrar al reino de Dios por ti mismo,

A. Ni por tus riquezas, talentos o dones

Tener riquezas no necesariamente implica que se goza del favor de Dios. Y aunque el pueblo en general pensaba esto, tal vez pensando que era una recompensa de Dios por cumplir la ley del Señor tal como se ve en Deuteronomio 28, la verdad es que Dios no ve simplemente la apariencia de la gente como podemos ver nosotros, y solemos ver y estimar nosotros; Dios mira lo que hay dentro del corazón, ¿recuerdan por ejemplo cuando David fue escogido como rey?, el mismo profeta Samuel tuvo una percepción equivocada de quien era el elegido del Señor y tuvo que ser corregido por Dios, 1 Sam. 16:7. Dios sabe lo que hay dentro del ser, o dentro del corazón de cada uno de nosotros. Y no importa si podemos engañar al mundo entero con apariencia de piedad, Dios sabe si realmente hemos sido transformados y libertados o si seguimos siendo esclavos del pecado. De modo que las cosas externas, como las riquezas que Dios pueda permitirnos alcanzar, o los dones o capacidades que Dios nos ha dado para servir a los demás, no son como tal, garantía

para entrar al reino de Dios. Es solamente la obra de Cristo en tu corazón lo que puede garantizarte la entrada en su reino, que Dios te haga nacer de nuevo, Jn. 3:5. Tú no puedes entrar al reino de Dios por ti mismo,

B. Ni por tu propio esfuerzo o méritos

Ante el primer asombro, Jesús repite la declaración a sus discípulos. El Joven rico había dicho que desde su juventud había guardado los mandamientos del Señor, cuando todos sabemos que nadie puede cumplir perfectamente la ley de Dios. Se había esforzado seguramente, y consideraba que en su esfuerzo había mérito alguno, pero pensaba que le hacía falta algo y por eso viene al maestro preguntando por ese algo, a lo que finalmente no accede y demuestra que en realidad no amaba tanto a Dios como para expresar amor a su prójimo. Lo cierto hermanos es que nadie merece el bien supremo, nadie puede esforzarse de tal forma que Dios esté en deuda con él para otorgarle el perdón de sus pecados y la vida eterna. Así que no podemos pensar que por el empeño que pongamos en volvernos a Dios o en servirle, él está en deuda con nosotros. De modo que el Señor dice, tierna pero firmemente, *“Hijos, cuán difícil les es entrar en el reino de Dios”*, para algunos es hasta imposible, veamos Mat. 7:13-14. Tú no puedes abrir esa puerta estrecha.

C. Nadie puede ser salvo por sí mismo

El Señor da una ilustración que aún más asombra a sus discípulos. *“Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios”*, algunos dicen que se refiere a una puerta pequeña dentro de la puerta de la ciudad y tocaría quitar toda la carga al camello y arrodillarlo para que pudiera entrar. Otros piensan que la palabra camello se refiere realmente a un cable tan grueso que no cabe en el ojo de una aguja a menos que se divida en hilos pequeños. Pero probablemente el sentido es simplemente hiperbólico para demostrar que nadie puede ser salvo por sí mismo. Esto quedó grabado en la mente de los discípulos, pues entendieron que no solo aplicaba para los ricos, sino para todos los seres humanos, al punto que se preguntan *“¿Quién, pues, podrá ser salvo?”*. Nadie puede entonces entrar al reino de Dios por sí mismo, por su esfuerzo o méritos, por dones o riquezas, por absolutamente nada que pueda hacer. Y nadie puede mantener su salvación por las cosas que pueda hacer, puesto que de principio a fin, la salvación es de Dios, Sal. 3:8, y esto nos lleva a nuestro segundo punto.

II. Sólo Dios puede salvar

De principio a fin, la salvación depende por completo de Dios. Y en este sentido es la respuesta del Señor a los discípulos sumamente asombrados: *“Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios”*. El hombre no se puede salvar a sí mismo, pero Dios es todopoderoso para salvar al más vil pecador, tanto al rico como al pobre que quiere hacerse rico. Uno y otro tienen toda suerte de tropiezos para entrar por la puerta estrecha, para encontrar el camino de salvación, pero para ambos el Señor es la única respuesta, el único camino para el perdón y la vida eterna. Tú y yo tenemos un sin número de tropiezos, de dificultades para vivir conforme a la voluntad de Dios, para seguir fielmente al Señor y mantenernos en la vida cristiana a causa de nuestro propio pecado y el pecado de otros, a causa de la corrupción de este mundo y las tentaciones que constantemente nos pone el maligno, de modo que para nosotros, por nuestra propia fuerza, es imposible salvarnos y mantener la salvación, es imposible entrar y permanecer en el reino de Dios. Pero NO es imposible para Dios, *porque todas las cosas son posibles para Dios*. El salmista pudo decir en medio de sus persecuciones *“Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?”*, Sal. 27:1. Y todos aquellos que hemos sido traídos a la fe, sabemos que hemos sido justificados por la obra perfecta

de Cristo en la cruz, y Dios nos ve justos, entonces podemos confiar en que *“la salvación de los justos es de Jehová, Y él es su fortaleza en el tiempo de la angustia”*, Sal. 37:39. Así que no importa cuán difícil sea para nosotros, descansenos en que realmente es imposible para nuestras propias fuerzas, y confiemos solamente en aquel que es todopoderoso para salvarnos de nuestros propios pecados, de nuestra maldad, de las tentaciones a las que somos expuestos a causa de nuestra condición de pecado, a las pruebas propias de aquellos llamados a seguir el camino de la fe en Cristo. Confiemos solamente en Dios para nuestra salvación aquí y ahora y por la eternidad, porque *“He aquí que no se ha acertado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír”*, Is. 59:1. Sólo Dios puede salvar.

III. Sólo Dios puede hacer perseverar

En consecuencia nuestro tercer punto nos enseña, ***Sólo Dios puede hacer perseverar***. Sólo él nos mantiene de principio a fin. Jesús está tiernamente enseñando a sus discípulos, corrigiendo su percepción equivocada impregnada por las creencias generalizadas de su cultura. Hermanos, debo insistir en que es necesario reconocer el amor de Dios cuando nos habla por su palabra para mostrarnos lo equivocado que estamos en muchos de nuestros caminos y nuestros pensamientos, para mostrarnos el camino correcto, las cosas en las que realmente debemos pensar. Aún asombrados por el dicho del Señor, Pedro cuestiona al maestro, *“He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido”*, entonces, *“¿qué recibiremos?”*, y a esta pregunta podríamos añadir las nuestras, *¿de qué me ha servido dejar esto o aquello?, ¿no tiene sentido entonces el esfuerzo que he hecho todo este tiempo que creo haber estado sirviendo al Señor?, ¿y qué otras más preguntas podemos añadir?*. En la respuesta del Señor podemos aprender que Sólo Dios puede hacer perseverar,

A. Para dejarlo todo por seguirlo a él

Los discípulos fueron llamado y capacitados por Cristo mismo para seguirlo, no fueron ellos los que decidieron un día seguir a Cristo porque les nació, sino que fueron llamados irresistiblemente por el mismo Señor, Mr. 3:13, 1:16-20. Realmente habían dejado todo por seguir al maestro, por atender el alto llamado que recibieron de parte del Señor. Pero lo hicieron con gozo, convencidos por la palabra del señor Jesús que les fue dada. Entendieron que el llamado era mucho mayor que lo que tenían hasta entonces, pudieron ver la grandeza del llamado el Señor. Sólo Dios puede abrir nuestros ojos para entender su llamado y seguirlo. Sólo Dios puede dar la fortaleza necesaria para tomar decisiones que tal vez pueden ser criticadas por muchos, aún por nuestra propia familia, pero que podemos estar convencidos son las adecuadas para seguir el llamado del Señor a vivir para él, a seguir sus enseñanzas, a ponerlas por obra. Si no es Dios quien te llama, si no es su Palabra la que te convence, no tendrás la fortaleza para dejar cuanto pecado o práctica pecaminosa, para dejar cualquier cosa, o cualquier persona si es necesario, para seguir al Señor. Sólo Dios puede hacer perseverar

B. Para disfrutar la recompensa temporal y eterna

Jesús dice *“De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna”*. La decisión de Pedro y los demás no había sido en vano, su esfuerzo, si bien no era meritorio para su salvación, sí sería recompensado al tener la motivación correcta, porque se había hecho por causa de Cristo, de su evangelio. Los

apóstoles ya no tendrían que trabajar para hacer una fortuna que dejar a sus hijos, sino en llevar el evangelio por todo el mundo. Era un llamado especial, y demandaba toda su dedicación, como en efecto lo hicieron y vemos en el libro de los Hechos. Algunos tendrían que dejar familiares queridos y marchar a diferentes lugares. Otros fueron muertos por causa del evangelio. Pero las decisiones, esfuerzo y pérdidas que tuvieron, no fueron comparables con el gozo y satisfacción de estar haciendo la voluntad del Señor, tal como el mismo Pedro lo testificó más adelante, Hechos 5:40-42, 1 Pedro 4:12-16. Durante el primer siglo, muchos creyentes fueron perseguidos, muchos fueron rechazados por sus propios familiares, muchos perdieron las posesiones que tenían, pero vivían a, y por causa del evangelio de Jesucristo. Y era mucho mayor el gozo y la satisfacción de vivir para el Señor, y la esperanza de la vida eterna, de tal forma que como el apóstol Pablo llegaron al convencimiento de decir *“tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”*, Rom. 8:18. Jesús ya había dicho que aquel que de un vaso de agua a los suyos por ser discípulos no perderían su recompensa, y ahora dice a Pedro y los demás, que ellos tampoco perderán su recompensa, que si bien su servicio es de amor y agradecimiento y no para alcanzar mérito alguno para la salvación, su esfuerzo y trabajo en el Señor no sería en vano, la recompensa vendría del Señor, un día cuando él venga, pero también ahora podría disfrutar el gozo de pertenecer a la familia de Dios aunque si fuese necesario hayan perdido su familia de sangre, el supremo gozo de poseer la salvación dada por Dios, aunque hayan tenido de que dejar todas sus posesiones materiales. Sólo Dios puede hacer perseverar,

C. Para estar en el grupo de los que no fueron desechados

No importa si ahora somos los postreros, los que menos se considera puedan gozar del favor de Dios, cuando él venga se verá que ciertamente fuimos escogidos por él para gozar de su favor por la eternidad. *“Sorpresas tendremos en el reino de los cielos”* escuchaba de mis hermanos mayores recién fui traído a la iglesia hace más de 20 años. Y es lo que nos indica el Señor al decir *“Pero muchos primeros serán postreros, y los postreros, primeros”*. Cuando el señor venga, la viuda que echó todo su sustento al arca de las ofrendas estará en un lugar más prominente que los que en su tiempo echaron más porque daban de lo que les sobraba y no lo hacían de corazón (Lc. 21:14). Tal vez no se encuentren los rabinos o predicadores más famosos de los tiempos, o los más opulentos que tenían para dar abundantemente, o sean de los que fueron salvos así como por fuego, y los sobrepase aquel mendigo, Lazaro, lleno de llagas que esperaba saciarse de las migajas de la mesa del rico (Lc. 16:19-31). Seguramente en aquel entonces, muchos que han sido totales desconocidos, serán bien conocidos, y aquellos que en esta vida fueron ilustres y reconocidos, tal vez nunca más serán recordados. Los escribas y fariseos de la época del Señor Jesús eran los primeros que el pueblo esperaba entraran al reino de Dios por su cercanía con las Sagradas Escrituras, pero eran también los primeros en oponerse a Jesús y su mensaje, por lo tanto serían postreros, si es que no eran desechados. Sólo Dios puede darnos la fe para creer, y perseverar en la fe, de modo que seamos parte del grupo de los escogidos de Dios, y no de aquellos que fueron dejados fuera.

Conclusión: ¿En qué o en quién confías?. La salvación es por completo, de principio a fin, obra de Dios. Fue Dios quien mandó a su Hijo a hacerse hombre, a vivir perfectamente su ley y cumplir el castigo de la ley que merecíamos nosotros. En esta época de navidad, muchos han celebrado lo que no saben, siguen en su paganismo de embriagarse y hacer cuanta maldad teniendo como excusa una festividad. Muchos pelean por tener, o no tener, esta o cual cosa para dicha festividad.

Pero olvidan el hecho que la venida de Cristo nos demuestra cuán perdidos estamos, cuán incapaces somos de salvarnos, pero cuán grande ha sido la bondad de Dios, que nos ha mostrado que sólo en él podemos confiar, porque sólo él nos puede salvar, y sólo él nos puede hacer perseverar en esa salvación que nos ha preparado en Cristo. Quiera Dios que como los discípulos, nosotros también seamos corregidos por Dios en nuestra manera de pensar, y nos regocijemos en aquel para quien todas las cosas son posibles, aquel que es poderoso para salvarnos para siempre. Oremos.